Siguiendo el hilo de las propuestas de los niños y las niñas

temas de in-fan-cia
educar de 0 a 6 años

Sílvia Majoral

Siguiendo el hilo de las propuestas de los niños y las niñas

OCTAEDRO-ROSA SENSAT

TEMAS DE INFANCIA, núm. 33

Título original: *Seguint el fil de les propostes dels infants*,
Associació de Mestres Rosa Sensat, 2012

Nota: A lo largo del texto, siempre que se usan los términos genéricos *niño*, *padres*, etc. se quiere hacer referencia a ambos sexos.

Traducción al castellano de Manuel León Urrutia

institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

Primera edición: abril de 2014

© Sílvia Majoral Clapés

© De esta edición:

Ediciones Octaedro, S.L.
Bailén, 5 – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68
www.octaedro.com
octaedro@octaedro.com

Associació de Mestres Rosa Sensat
Avda. Drassanes, 3 – 08001 Barcelona
Tel.: 93 481 73 81 – Fax: 93 301 75 50
redacción@revistainfancia.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño y producción: Ediciones Octaedro

ISBN: 978-84-9921-531-0
Depósito legal: B. 9.257-2014

Impresión: Novagràfik

Impreso en España
Printed in Spain

Índice

La escuela, hoy 7

Siguiendo el hilo 9

Siguiendo el hilo con el grupo de tres años 13
- Elección de materiales: ¿Qué comemos? 13
- El caracol 14
- No estamos dentro de un cuento 18
- Gotas 21
- Un tobogán de agua 22
- Las sombras 26

Siguiendo el hilo con el grupo de cuatro años 27
- Alfabeto de formas encontradas 27
- ¿Soplamos? 29
- ¿Cómo se dibuja? 32
- ¿Hacemos sombras de colores? 37
- ¿Nos inventamos un juego? 40
- Maquetas y cabañas 44

Siguiendo el hilo con el grupo de cinco años 63
- Espacios y recuerdos 63
- Las escaleras 66
- La tienda 69
- Aviones de papel 76
- Diseño de materiales 80
- La serpiente 86
- ¿Por qué los niños prefieren jugar a fútbol y las niñas dibujar? 87

Opiniones de las familias 101
- Cada día una sorpresa 108

La escuela, hoy

Actualmente, la escuela está en boca de todos; cada uno aporta su visión, con conocimiento de la realidad o sin él, pero todo el mundo se siente capaz de opinar.

Hay escuelas o maestros que van haciendo lo mismo que siempre se ha hecho y otros que luchan por establecer nuevos modelos. Los tiempos van cambiando, evidentemente, y la escuela sigue siendo, mayoritariamente, igual que en los últimos siglos. Es necesario que cambie, pero ¿cómo? ¿Hacia dónde tiene que dirigirse?

Creo que el informe de la UNESCO tiene una gran vigencia, así como las aportaciones de muchos pedagogos y pensadores que elaboraron buenas teorías y prácticas que, de una u otra forma, aún se pueden aplicar.

Sin embargo, últimamente percibo un cierto auge de tendencias y metodologías que parten de referentes teóricos de diversos campos, a veces haciendo unas mezclas bastante heterogéneas, que incluso en algunos casos rozan un cierto dogmatismo.

Personalmente, no me ha gustado nunca abrazar ninguna tendencia a ciegas; creo que es bueno ser crítico, ser uno mismo y hacer pasar las cosas por nuestro filtro. Con respecto a la escuela tampoco creo en recetas y metodologías mágicas, sino que el hecho de tener los ojos abiertos al mundo y un afán continuo por aprender y compartir, aplicando sentido común a nuestra realidad, es suficiente.

Creo cada vez más en una escuela sencilla, natural, humilde y basada en el sentido común. Una escuela anclada en el

mundo real, que base la práctica en referentes adecuados, que tenga claro que sus niños y niñas serán los adultos del futuro y que, por lo tanto, se plantee qué valores y qué herramientas necesitarán.

En educación muchas cosas no son ni blancas ni negras, todo depende de dónde trabajes, con quién, en qué momento... Creo que el futuro es preguntarse sobre qué queremos y pensar y repensar, compartir y probar, rectificar a partir de la práctica. No creo que haya nada que se solucione con programas artificiales que intentan poner remedio a todos los males que se nos atribuyen.

Existe también una tendencia creciente a encontrar toda clase de «problemas» en los niños: el que no presta atención, el que no se concentra... A muchos se les envía a reeducar algún aspecto. En algunos casos, es evidente que un niño puede necesitar ayuda externa por un problema determinado; pero, en general, la escuela tiene que acogerlos a todos y de todos debería sacar lo mejor, sabiendo que cada uno es diferente del otro pero que todos tienen algo que ofrecer.

Lo importante es saber que el niño es un todo y que tendríamos que procurar no parcelar ese todo (sentimientos, conocimientos, emociones, lenguajes expresivos, carácter...). Para mí, la escuela debería ser una parte del mundo, de la vida y, por lo tanto, un espacio que respondiera a las necesidades de los niños y niñas, a todas las necesidades. Tenemos que pensar qué necesitarán en el futuro, qué ciudadanos queremos que sean: deberán tener herramientas y ganas para seguir aprendiendo, para trabajar juntos, para imaginar, para ser críticos...

A partir de ahí se puede ir viendo qué hay que eliminar, qué se tiene que modificar, qué se debe rehacer, qué se puede aprovechar.

No es tan difícil, solo hay que mirar a los niños, ellos mismos nos guían.

Siguiendo el hilo

Los niños no aprenden por una relación lineal causa-efecto ni por un tipo de enseñanza que realizamos de manera directa con ellos. Su aprendizaje es mérito, en gran parte, de ellos, de sus actividades y del uso de los recursos que poseen. Si no, basta que pensemos en los conocimientos y las habilidades que los niños construyen y reconstruyen solos, y antes de que estén escolarizados [...]

Los niños, estén en el contexto que estén, no esperan a nadie para preguntarse, para crear estrategias de pensamiento, principios y sentimientos. Siempre, y en cualquier lugar, desempeñan un rol activo en la construcción del saber y del comprender [...] sobre todo cuando están juntos [...]

Hay que aprender a no enseñar nada a los niños que no puedan aprender por sí solos.

LORIS MALAGUZZI, *La educación infantil en Reggio Emilia* (Barcelona: Octaedro-Rosa Sensat, 2001)

Los niños, desde su nacimiento, son competentes, investigan, juegan para entender el mundo, buscan el contacto con los demás. En el parvulario, entonces, habría que aprovechar, acompañar y estimular esas capacidades. El adulto tendría que estar atento para seguir el hilo de lo que dicen y hacen y, de esa manera, ayudarlos a avanzar; lo que «dicen y hacen», porque no se trata de tomar siempre al pie de la letra lo que expresan con palabras, sino de observarlos con atención para detectar qué nos muestran sus acciones. Estas pueden darnos pistas que nos ayuden a descubrir sus intereses y su

manera de aprender para, así, poderlos guiar hacia retos cognitivos adecuados a su desarrollo.

Pero lo primero es creer verdaderamente en esas capacidades, establecer diálogos sin saber con certeza dónde llegarás, estar muy atento pues cualquier propuesta puede surgir de alguien en cualquier momento. En ese caso, nuestro papel no es navegar tras los niños sin rumbo, sino poder conducir sus ideas para aprovecharlas y devolvérselas como problemas que les hagan ir más allá.

Hace ya muchos años que pedagogos y teóricos recomiendan partir de la realidad cercana, que se conocen las capacidades de los niños para aprender en un entorno estimulante y con los demás, sobre todo en las primeras edades. En la escuela parece ignorarse todo ello y todavía se basa mayoritariamente en un modelo muy antiguo: el profesor explica, los niños escuchan o deberían hacerlo. Sigue basada en la idea de niño como sujeto pasivo, que recibe del adulto, como si este mecanismo de transmisión fuese el único patrón de aprendizaje.

Los niños y las niñas, sobre todo en el parvulario, necesitan utilizar sus sentidos, experimentar, jugar, ensayar, equivocarse, imitar, compartir con los otros, vivir muchas experiencias, imaginar, expresarse y moverse. Tienen que descubrirse a sí mismos y a los demás –su forma de ser y aquello que les asemeja y diferencia del resto–, el mundo que les rodea, y expresarse de todas las maneras posibles. Para hacerlo necesitan vivir, partir de la realidad inmediata para observarla, interpretarla e irla adaptando sus explicaciones.

Hace ya muchos años que trabajo en el parvulario y he podido comprobar que tratando a los niños con respeto, escuchándolos, valorándolos y partiendo de su entorno cercano se llega muy, pero que muy, lejos. Y, sobre todo, aprenden, se expresan con espontaneidad y conviven contentos en la escuela.

Otro aspecto importante es la autonomía –en el sentido más amplio– que llegan a adquirir cuando saben que se confía en ellos, que tienen responsabilidades y que el adulto espera mucho de ellos.

Así, la clase se convierte en un espacio donde, de una forma o de otra, todos se expresan de manera espontánea y pueden sentir que lo que dicen o hacen se tiene en cuenta. Existe un orden temporal que va marcando los días y la vida juntos. Cada día pueden pasar muchas cosas y, de ellas, pueden aprender tanto los niños como nosotros. El adulto sabe lo que hay que trabajar a estas edades, pero no es necesario tener una programación rígida y cerrada, sino que partiendo de la vida diaria se puede tirar del hilo para desarrollar la observación, la matemática, el lenguaje, la imaginación, la capacidad de diálogo, de cooperación... Esto no es incompatible con que haya momentos dirigidos o propuestos por el adulto, pero debería haber un equilibrio y, sobre todo, un acercamiento al niño –a sus intereses y a su forma de aprender– y ofrecer posibilidades para que todos puedan sacar provecho.

El otro compromiso del adulto es incluir a las familias en el proceso y compartir el trabajo diario para que se conozca, se entienda y se puedan involucrar en él.

Un primer paso es tener una organización del tiempo que permita que surjan ideas, y no solo en el aspecto verbal. Es decir, se necesita tiempo para jugar, para relacionarse con materiales y espacios interesantes, para encontrarse con los amigos, para elegir la actividad que se quiere hacer. Se necesita un tiempo, también, para compartir, para poner en común, para discutir, para organizarse y llegar a acuerdos. Y es necesario, además, tiempo para trabajar al lado de los compañeros en parejas, o en pequeños grupos, que los vayan conduciendo a la negociación y al diálogo. De todo ello, el adulto –observando y escuchando– puede sacar un gran provecho.

Los ejemplos que expongo a continuación están extraídos de un mismo grupo de niños a lo largo de su vida en el parvulario.

Siguiendo el hilo con el grupo de tres años

Elección de materiales: ¿Qué comemos?

En el rincón dedicado a la casita, al principio de curso, no habíamos puesto alimentos de plástico ni de ningún otro tipo. Todo lo de plástico acababa la mayoría de las veces en el suelo y preferí no poner nada. Me pareció que tampoco era el momento de poner legumbres u otros elementos hasta que no fuéramos estableciendo unas normas. Pero un día, Núria cogió los cristalitos de la playa de la mesa de los tesoros para hacer sopa. Con su acción me decía que necesitaba algo. Antes de introducir material nuevo lo hablé con ellos, vieron la necesidad de vigilar que no se cayera al suelo, de recogerlo y así añadimos castañas, bellotas, lentejas, garbanzos.

La relación que tienen con los materiales también se puede conducir a la hora de hacer modificaciones, de ver cuál es el más sugerente, cuál ofrece más posibilidades de juego... Creo que no hay demasiadas normas fijas; a lo mejor una cosa que ha funcionado muy bien en un curso, con otro grupo no nos servirá, o al revés. A mí me gusta hablarlo también con ellos, para que vean qué se espera de esos materiales. Recuerdo una vez que compré cacharritos de porcelana y los introduje con cuidado, hablando y estableciendo normas, buscando con ellos maneras de facilitarles el juego (me pidieron bandejas para que les resultara más fácil transportarlos). Es evidente que de vez en cuando se rompía alguna pieza, pero su juego resultó muy cuidadoso y diferente.



El caracol

Laia encontró un caracol en el patio. Se lo enseñó a los demás y hablamos.

Le busqué una caja y les pregunté qué necesitaba en aquel habitáculo para estar bien:

–Hojas para comer.

Fueron a la cocina a pedir lechuga a Loli, la cocinera.

–Una cama.

–¡No, que duerme en la concha!

–¿Duerme así? (se estira) –Marc M.

–Agua.

–Pero tenemos que vigilar porque si tiene mucha se puede ahogar porque no sabe nadar.

Buscamos un recipiente pequeño y lo llenamos de agua.

–Juguetes –Mamadou.

–¿Qué juguetes?

–Una montaña de arena para escalar –Mamadou.

Fuimos a buscar arena al patio y la pusimos en una cajita junto con una rama.

–Un cojín por si se cae que no se haga daño –Marc M.

–Una manta para que no tenga frío.

–Un muñeco para dormir.

–Tenemos que vigilar para que ningún niño haga cosas que no le gusten –Ona.

–¿Cómo qué?

–Que le peguen, que le den patadas, que le hagan daño...

–Que no se ponga enfermo.

–Que no le claven cosas en el ojo.

–Los caracoles no tienen dientes –Víctor–. Y tampoco pueden ir a la playa.

Unos niños fueron a la biblioteca a buscar algún libro que nos diera más información sobre los caracoles. Mientras esperábamos, les expliqué un cuento de caracoles.

Después, Blanca dijo «Yo también sé uno», y nos lo contó: Un caracol pequeño fue a beber agua al río. Se cayó y se ahogó. Sus padres lo salvaron con un flotador. Y le dijeron: «Caracol, no puedes ir solo».

Cada mañana íbamos a buscar lechuga a la cocina y limpiábamos la caja. Ellos cogían las lupas, lo observaban e iban hablando.

Un día oí esta conversación:

–¿Quién es la madre? –Marina.

–¿Tiene dientes? –Víctor Nahuel.

–A ver, míralo con la lupa.

–Yo no veo los dientes –Víctor Nahuel.

–¡Mira, está comiendo lechuga! –Inés.

–¿Cómo hace caca? –Marina.

Trajo papel para que el caracol hiciera caca encima y no ensuciara la caja. Justo en aquel momento el caracol hizo caca y Marina descubrió el agujero.

¡Y lo limpió!

Inés le daba mucha lechuga.

–¡Inés, se hará muy grande!

¡Sí, y nosotros nos quedaremos pequeños! –Inés.



–¡Quizás podremos montar sobre su concha!

–Sí, y pasear.

–Mira cuántas babas echa –Marina.

–El caracol ha subido encima de la lechuga –Mamadou.

Moví las mesas porque unas niñas querían pasar con los cochecitos de las muñecas y no cabían.

–Has hecho ruido y le molesta –Mamadou.

–Ah, ¿sí? ¿Tiene orejas?

Lo miró con la lupa.

–Yo no las veo –Mamadou.

–El caracol no habla.

–Estoy haciendo un camino con lechuga para el caracol –Marc M.

–¡Ya parece la clase de los caracoles! –Otto.

El fin de semana la familia de Otto investigó por Internet y descubrió que los caracoles no tenían oído. Marina no acababa de verlo claro: «¿Y si les hablas muy alto?» «¿Y muy, muy alto?».

El tema de los caracoles dio mucho de sí, hicimos caracoles y espirales de todas clases.

A partir de un descubrimiento, los niños observan, hacen muchas preguntas (¿cómo duerme?, ¿tiene dientes?, ¿por dónde hace caca?...), intercambian conocimientos entre ellos, experimentan, aprenden. El adulto incide con sus preguntas y hace propuestas a partir de sus diálogos; ayudándolos a aprender, a manipular la lupa, a observar para descubrir, a buscar información cuando es necesario...

A menudo encontramos animalitos y toda clase de tesoros en el jardín. Muchos de estos descubrimientos se pueden incorporar a la clase. Dejándolos observar y hablar, como en este caso, surgen preguntas a las que podemos ir encontrando respuesta mediante la observación o con la ayuda de otras fuentes de información. Se manifiestan también sus miedos, como aquel niño que pregunta a menudo si tienen dientes. Llama la atención además cómo identifican las necesidades del caracol recordando las suyas propias: los juguetes, la manta, el muñeco para dormir... Todo pueden ser puntos de partida para ir más allá; hay muchos caminos y tendremos que elegir.

A veces, a partir de un descubrimiento imprevisto, cuando no sabemos muy bien por dónde empezar, es muy interesante animar a los niños a hacer una lista larguísima de características del objeto, o se puede sacar totalmente del contexto, o podemos ponerle voz. Los niños tienen una gran capacidad para imaginar y romper barreras entre realidad y fantasía, de la cual el adulto también puede sacar gran provecho ya que nosotros, generalmente, la tenemos más atrofiada. Sin embargo eso no quiere decir crear escenarios *infantilizados*, sino jugar a mirar las cosas con nuevos ojos. Recuerdo al coreógrafo Enrique Cabrera, de la compañía Aracaladanza, que en un curso nos explicaba que para crear una coreografía hacía jugar a sus bailarines con un objeto que ellos habían elegido como hilo conductor hasta que conseguían sacarlo de su contexto y encontrarle nuevas posibilidades y usos. Decía que los bailarines a menudo acababan exhaustos antes de conseguirlo; los niños, en cambio, lo hacen con gran facilidad.

No estamos dentro de un cuento

Estaba contando un cuento e hice como si un personaje se dirigiese a los niños. Ya no recuerdo ni qué cuento era ni lo que dije exactamente. Pero podría ser como si el lobo dijera «¡Huelo a niños!» o algo así. Inmediatamente, Marina me dijo: «Nosotros no estamos dentro del cuento». Aquella frase me gustó mucho y se quedó en un rinconcito de mi cerebro. Supongo que Marina lo decía para vencer el miedo, para alejar al personaje y devolverlo al cuento, pero me encantó la manera de expresarlo. La apunté y estuve pensando en ella días y días.

En clase me va bien tener siempre una libreta y la cámara a mano para captar y guardar momentos. Era una expresión muy buena, dicha en el momento oportuno, la niña tenía toda la razón.

Al cabo de unos días les repetí la frase. «El otro día cuando os explicaba un cuento Marina me dijo que no estabais dentro del cuento. ¿Os gustaría meteros dentro de un cuento?». Al proponerles eso, llevaba un pliego de hojas en blanco.

–No cabemos –decía Mamadou–, somos grandes.

Entonces les enseñé un cuento de un elefante que teníamos en la clase y les dije:

–¿Y cómo es que un elefante que es mucho más grande que nosotros está dentro de un cuento?

–Lo podemos imaginar –resolvió Ona–. Hacemos el dibujo y ya está.

–¡Si nos metemos dentro de un cuento, los padres no nos encontrarán! –decía Èric.

¡Qué envidiable es la facilidad con la que pasan del mundo real al imaginario!

A partir de ahí nos dedicamos a hacer cada día un trocito de un cuento en el que ellos eran los protagonistas. Fue divertido porque querían crear situaciones de miedo pero de vez en cuando les impresionaba tanto que alguno decía:

–¡Yo quiero salir del cuento!

–Estamos en una cueva oscura.

–¡Yo sé dibujarla!
–¡¡¡Qué miedo!!!
–Y gritamos.
–Se cierra la puerta y está todo oscuro.
–¡Qué miedo tengo!
–En la cueva chocamos con algo peludo.
–¡Uy! Es la cueva de los osos.
–Fuimos corriendo, corriendo.
–Y encontramos un río.
–Y salimos de la cueva.
–Y vimos peces.
–Y nos persiguió un tiburón.
–¡Con los dientes puntiagudos!
–Salimos del río y ¿ahora qué pasa?
–Sí, y ahora sale un monstruo.
–¡Y un dragón!
–¡Yo no quiero entrar en la cueva!
–¡Yo tampoco! –Laia.
–Es que a lo mejor este cuento da mucho miedo, ¿no?
–Sí...
–¿Todos los cuentos dan miedo?
–No.
–¿Los tres cerditos da miedo?
–Sí, porque hay un lobo.
–¿Y la Caperucita?
–También.
–¿Y Blancanieves?
–¡Sí... la bruja!
–Los lobos, las brujas, los monstruos... dan miedo.
–Pero hay cuentos que no dan miedo
–Pues venga... salimos del río y...

A partir de ahí hicimos aparecer príncipes y princesas, caramelos y fiestas porque algunos lo preferían. Salió una bruja mala... pero todo acabó bien y los niños salieron del cuento y volvieron a la escuela y a casa.

Cada escenario o ilustración los dibujó un voluntario: Blanca sabía hacer cuevas, Èric sabía hacer tiburones... y





